

—¿Pero no hará Ud. esa traición?  
—balbuceó.

Pedro se sintió tan conmovido que tuvo deseos de abrazarle.

—Yo no le hago á Ud. traición. No he podido colocarme aquí, y he aceptado una plaza de médico en un vapor transatlántico.

—¡Oh! amigo Pedro... Usted me había ofrecido ayudarme á vivir.

—¿Qué quiere Ud.? También es preciso que yo viva, y no tengo un céntimo.

Marowsko repetía:

—Hace Ud. mal, muy mal. No me queda más recurso que morir de hambre. A mi edad no hay otro remedio. Hace Ud. mal. Abandona usted á un pobre viejo que vino por seguirle. Hace Ud. mal.

Pedro quería explicarse, protestar, dar sus razones, probar que no podía hacer otra cosa; el polaco no escuchaba, sublevado por esta deserción

y acabó por decir, aludiendo sin duda á los acontecimientos políticos:

—Los franceses nunca cumplen sus promesas.

Entonces Pedro se levantó un poco ofendido, y dijo en tono desabrido:

—Es Ud. injusto, Marowsko. Para decidirse á lo que yo hago se necesitan motivos poderosos, y Ud. debía comprenderlo. Hasta la vista. Espero que le encontraré á Ud. más razonable.

Y salió.

—Vamos—pensaba,—nadie sentirá mi marcha sinceramente.

Fué recordando á todos sus conocidos, y en medio de todas las caras que desfilaron por su memoria encontró la de aquella criada de la cervecería que le hizo sospechar de su madre.

Vaciló, dominado por un rencor instintivo, y por fin se decidió pensando: "Después de todo, tenía razón.". Y se dirigió hacia el establecimiento.

La cervecería estaba por casualidad llena de gente y de humo. Los consumidores, burgueses y obreros, porque era día de fiesta, llamaban, reían, gritaban y hasta el mismo dueño servía, corriendo de mesa en mesa, llevándose los bocks vacíos y volviéndolos llenos de cerveza.

Cuando Pedro encontró un sitio, no lejos del mostrador, esperó, creyendo que la criada le viera y le conociese.

Pero pasó una y otra vez por delante de él sin mirarle, á pasos menuditos, con cierto contoneo agradable, hasta que tuvo que llamar en la mesa con una moneda.

—¿Qué desea Ud., caballero?—preguntó la joven acercándose sin mirarle, y preocupada por el cálculo de las copas servidas.

—¡Cómo! ¿es así como se recibe á los amigos?

Entonces ella se fijó en él, y dijo vivamente:

—¡Ah! es Ud. ¿Cómo está Ud? Hoy no tengo tiempo. ¿Quiere Ud. un bock?

—Sí.

Cuando se lo trajo, la dijo:

—Vengo á despedirme de ti. Me marchó.

Ella respondió con indiferencia:

—¿Adónde?

—A América.

—Dicen que es buen país.

Y nada más. Verdaderamente era preciso ser muy torpe para hablarla en aquel día. Había demasiada gente en el café.

Y Pedro se dirigió hacia el mar. Al llegar al muelle vió á la *Perla*, que volvía llevando á su padre y al capitán Beausire. El marinero Papagrís remaba, y los dos hombres sentados en la popa fumaban sus pipas con aire de completa satisfacción. El doctor pensó al verlos pasar: "Bienaventurados los pobres de espíritu,,.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

Se sentó en uno de los bancos del rompeolas, para tratar de aletargarse en una somnolencia de bruto.

Cuando volvió por la noche á su casa le dijo su madre, sin atreverse á mirarle:

—Vas á necesitar una porción de cosas antes de partir, y yo estoy un poco confusa. Ya he encargado ropa interior y he ido á casa del sastre para los trajes; pero ¿no necesitas otras cosas que yo quizás desconozco?

Pedro abrió la boca para decir que nada, pero pensó que necesitaba por lo menos aceptar lo necesario para vestirse decentemente, y contestó:

—No lo sé todavía; me enteraré en la Compañía.

Allí, en efecto, le dieron una lista de los objetos indispensables. Su madre, al recibirla de sus manos, le miró por primera vez, con esa expresión humilde, dulce, suplicante y triste de los perros golpeados que piden perdón.

El 1.º de octubre la *Lorena*, procedente de Saint-Nazaire, entró en el puerto del Havre para marchar el 7 con rumbo á Nueva York, y Pedro tomó posesión del camarote donde habia de vivir en adelante.

El día siguiente, al salir de casa, encontró en la escalera á su madre que le esperaba y que murmuró en voz baja:

—¿No quieres que te ayude á instalarte en el barco?

—No, gracias; ya está todo arreglado.

La madre murmuró:

—Deseo tanto ver tu camarote...

—No vale la pena. Es feo y muy pequeño.

Y pasó dejándola aterrada, apoyada en la pared y muy pálida.

Roland, que visitó el mismo día la *Lorena*, no habló en la mesa más que de aquel hermoso barco, y se admiró de que su mujer no deseara verlo

cuando iba á embarcarse en él su hijo.

Pedro casi no vivió en familia en los días siguientes. Estaba nervioso, irritable, duro, y su palabra brutal parecía azotar á todo el mundo. Pero la vispera de su viaje parecía repentinamente cambiado y más cariñoso. Al abrazar á sus padres para irse á dormir por primera vez á bordo, preguntó:

—¿Vendréis mañana á despedirme á la *Lorena*?

Roland exclamó:

—Es claro. ¿No es verdad, Luisa?

—Seguramente.

—Marchamos á las once en punto—añadió Pedro.—Tenéis que estar allí á las nueve y media lo más tarde.

—Mira—exclamó su padre,—tengo una idea. Al dejarte corremos á embarcarnos en la *Perla*, á fin de esperar fuera de los muelles y verte otra vez. ¿No te parece, Luisa?

—Sí, sí.

—Roland añadió:

—De este modo no nos confundirás con la multitud que llena el muelle cuando marchan los transatlánticos. ¿Te acomoda?

—Ya lo creo.

Una hora más tarde se encontraba tendido en su litera estrecha y larga como un féretro. Permaneció allí mucho tiempo, con los ojos abiertos, pensando en todo lo que en los dos últimos meses había pasado en su vida y sobre todo en su alma. A fuerza de sufrir y de hacer sufrir á los demás, su dolor agresivo y vengativo se había fatigado como hoja desgastada. Casi no tenía valor para aborrecer á nadie por ningún motivo, y dejaba correr su rencor á merced de las aguas, como su existencia. Se sentía cansado de luchar, de herir, de detestar, de todo, que no podía más y trataba de aletargar su corazón en el olvido, como se cree

en el sueño. Oía vagamente en derredor suyo los ruidos del barco para él nuevos, ruidos ligeros, apenas perceptibles, en aquella noche tranquila del puerto, y de su herida hasta entonces tan cruel no sentía ya más que la tirantez dolorosa de las llagas que se cicatrizan.

Había dormido profundamente cuando le despertó el ruido de los marineros. Amanecía y empezaba el movimiento del puerto.

Entonces recorrió el barco en medio de personas ocupadas, inquietas, buscando sus camarotes, llamándose, preguntándose y respondiéndose al azar, con el aturdimiento del comienzo de un viaje. Luego que hubo saludado al capitán y estrechado la mano al sobre-cargo entró en el salón, donde algunos ingleses dormían ya en los almohadones. El salón con las paredes de mármol blanco con molduras doradas prolongaba indefinida-

mente en los espejos la perspectiva de sus largas mesas flanqueadas por dos líneas de sillás giratorias tapizadas de terciopelo granate. Era aquel el vasto comedor flotante y cosmopolita donde iban á comer juntas las personas ricas de todos los continentes. Su lujo opulento era el de los grandes hoteles, de los teatros, de los lugares públicos; el lujo imponente y banal que satisface á los millonarios. El doctor iba á pasar á los departamentos de segunda clase, cuando recordó que el día anterior se había embarcado un gran rebaño de emigrantes, y bajó al entrepuente. Al penetrar allí le hirió un olor nausebundo de humanidad pobre y sucia, peste de carne más repugnante que la del pelo y la lana de los animales. Entonces, en una especie de subterráneo oscuro y bajo, semejante á las galerías de las minas, distinguió centenares de hombres, mujeres y niños, tendidos en